

LA PRISIONERA

Emilio Carballido

París, 18 de abril de 1994

Caracas, 8 de septiembre de 1995

PARA MARÍA TERESA CASTILLO

PERSONAJES

CATALINA
CORONEL LEONARDO BETANCUR
MARÍA ANTONIETA MIRANDA DE LA ROSA

Durante la década de los años treinta. En una costa, más o menos cerca de la capital, en un país del Caribe.

Hay dos espacios definidos: el área que será la cárcel, tiene ventana y una puerta al baño; y el área de las habitaciones.

El lugar es un faro que también es fortaleza. Construcción del siglo XVIII.

ESCENA I

La prisión.

CATALINA acabó de pasar jerga, lavar ventana, dejar todo en estado de recibir a alguien. Pone sábanas, fundas, cobijas, colcha a la cama. Entra LEONARDO.

CATALINA: Ésta es la cama del cuarto de visitas.

LEONARDO: ¿Cuál otra había de ser?

CATALINA: ¿Y si tu hermana viene?

LEONARDO: La ponemos en un catre.

CATALINA: ¡Catre debe ponerse aquí! ¿Cortinas nuevas? ¿La cama de las visitas? ¡Para una presa! ¿No vas a ponerle alfombras?

LEONARDO: Sí. Va a tener alfombra.

CATALINA: ¡Vaya! ¡Qué bueno!

LEONARDO: Me aconsejaron tener en cuenta quién es...

CATALINA: Una presa, eso es. Mi casa la vuelves cárcel, bueno. ¡Pero yo no voy a ser sirvienta de una mujer malcriada, rica y terrorista, una criminal que yo no sé por qué no mandan al penal, a revolverse con todas las presas y a que la rapen!

LEONARDO: Esto, «tu casa», no es «tu casa»; es un puerto militar y un faro y un recinto de vigilancia de la patria. No es «tu casa».

CATALINA: Perdón, me equivoqué. Échame entonces, ¿qué hago aquí?

LEONARDO: Sirves conmigo, eso haces.

CATALINA: No tengo grado y no me pagan.

LEONARDO: Te dicen «coronela».

CATALINA: Me dicen. Será de burla.

LEONARDO: Estás conmigo. Mi mujer. Aquí y donde yo esté, eso haces.

La abraza, la tienta, la provoca.

CATALINA: Lo hago... muy de vez en cuando... y sin mucho entusiasmo tuyo.

LEONARDO: Hay que conformarse con lo que hay. No tenemos quince años.

CATALINA: Pudiste impedir que la trajeran.

LEONARDO: Mi general pudo ordenarlo: me lo ha pedido como a un amigo. Yo, no voy a decirle «no».

CATALINA: Tu general es amigo de nadie. Es presidente y es... Es el señor y manda. Y no es amigo de nadie.

LEONARDO: Sirve al país. Y prosperamos. Y nos volvemos nación. Y estamos bien y nos civilizamos y ya somos parte del mundo.

CATALINA: Ay, sí, antes estábamos en la luna. Lástima que nos bajaron. Ya está listo este maldito cuarto. Como para reinas y no para prisioneras. Van a seguir llegando, ya lo veo venir. Esto va a ser una cárcel de mujeres... (*Empieza a llorar.*) Y yo voy a ser la criada de todos los presos y la carcelera y... ¿Por qué me haces esto?

Silencio. LEONARDO suspira, espera un poco a que se le pase el acceso peor a CATALINA.

LEONARDO: Fíjate bien: desde el nombre, María Antonieta Miranda de la Rosa. Nieta de próceres, millonaria. Es maestra, estudió de maestra porque le dio la gana, no le hace falta estudiar. Casada, divorciada. Volvió a la escuela, para ser doctora en sepa qué. Es amazona. Tiene un caballo famoso. Llegan retratos suyos de París. Apareció en un desfile de modas, porque es amiga de no sé qué modista.

CATALINA: Cocó Chanel.

LEONARDO: Y ahora quiere votar. Quiere que las mujeres voten y sean marimachas, iguales a los hombres. Anda en el zaperoco de los estudiantes, le han tirado piedras y ladrillos a la policía, quemó en efígie al general! ¡Arrojó monigotes con el rostro del general, y con su nombre, y bailaban y agitaban banderas en derredor de las hogueras! Ella y los que la siguen. Como tribus. Atrevida, insolente, mal hablada. Tiene tíos dueños de bancos y tíos obispos y cardenales y... Y la prensa se ocupa de ella. ¿Quieres que la retraten rapada?

CATALINA: Me encantaría.

LEONARDO: Y que salgan en todo el mundo artículos contra la barbarie de nuestras cárceles. ¿Quieres que la retraten con las putas y las marihuaneras y la que le dio de tijeretazos al marido? Entiende que María Antonieta Miranda de la Rosa resultaría intocable en cualquier país: en Francia, en Inglaterra sería intocable. Pues aquí va a estar presa. El general decidió detenerla, como lección. La agarraron en una redada... Y se quedó con los demás. Va a parar de hacer escándalo. La prensa de otros países se fija demasiado en ella, por sus puterías de la moda, o porque compró un cuadro de no sé quién.

Está presa, eso es un hecho. Pero las cárceles nuestras... En fin: mala publicidad es lo que sobra al gobierno. Pero el general siempre encuentra salidas astutas, ése es uno de sus méritos: la manda aquí. Me la confía, como quien dice. Eso me honra. Quiero que entiendas el compromiso: evitar mala publicidad al régimen. Dejarla suelta sería tolerar las protestas salvajes y necias de los estudiantes, dar puertas al desorden. ¿Entiendes? Represión, pero suave, con elegancia.

¿Te acuerdas de la invasión de infelices mercenarios que organizó una fraccionista del ejército? Capturados todos, ¿qué hizo el general? Les regaló unas monedas de oro a cada uno y los regresó a sus países. ¿Eso es dictadura?

Si quiere, puede llegar aquí la prensa internacional. Yo les permitiré el acceso: verán un castigo justo y civilizado, ¿entiendes? Encontrarán la celda a cargo de una señora... correcta, digna, tú. La celda, ¡hasta alfombra tiene! ¿Entiendes? ¿Te das cuenta?

CATALINA: Todo fregado, trapeado, con fregona especial, muy digna y correcta.

LEONARDO: ¿Pero sí entiendes y sí te das cuenta?

CATALINA: ¡No soy una bestia! Entiendo desde hace una semana que tu general le tiene miedo a esta mujer y tú le tienes ganas. Lo entiendo, no soy imbécil.

LEONARDO: No la conozco, nunca la he visto.

CATALINA: Razón de más para que hagas fantasías.

LEONARDO: Soy muy realista. La fantasía es toda tuya.

CATALINA: Ya acabé el servicio de criada, esclava, friegapisos, limpiamierdas. ¡Y no se lo voy a dar a esa niña riquilla, caguengue con culito de exportación!, ¿oíste?

LEONARDO: Prefiero que uses un lenguaje menos vulgar. Y vamos a contratar unas negras que se encarguen. Ya pedí el presupuesto.

CATALINA: Me alegro mucho. No voy a pararme aquí jamás, ni a ocuparme.

LEONARDO: ¿Quieres que me ocupe yo?

CATALINA: ¡Quiero decir que yo no voy a servirla!

LEONARDO: Hay que mandar a hacer un cancel fuerte, clavar la ventana, y una puerta con buen cerrojo...

CATALINA: Una reja. ¿No es cárcel? Reja de hierro, alambre de gallinero, alambrada de púas. Pero no... ¡Esto es tu general de cuerpo entero!

LEONARDO: ¿Qué quieres decir?

CATALINA: A las estudiantes pobres las rapan, las violan, las desinfectan, las tiran a golpes en el cemento desnudo. A ésta...

Hace un gesto abarcando todo.

LEONARDO: Nunca entiendes la política nacional.

CATALINA: No. Soy bruta. Soy una vaca. Pero consigues tú esas negras o la princesa va a fregar su piso y a lavar sus sábanas, ¿oíste?

Sale. LEONARDO suspira. Está fastidiado, no enojado.

LEONARDO (*murmura*): Y luego va a quejarse de que me cogí a las negras...

Sale.

ESCENA II

MARÍA ANTONIETA ve en torno. Ve por la ventana, largamente. Revisa cada objeto de la habitación, con curiosidad, con diversión, o con desprecio.

Quita las cortinas, las hace un bulto. Trata de abrir la ventana: no se puede. Enrolla la alfombra y la pone junto a las cortinas. Observa la cama: la colcha le gusta. La toca, la aprecia...

Siente el vacío del encierro. Se sienta, muy rígida, en el filo de la cama.

Desde un ángulo, CATALINA la observa. Vio lo que hizo y aguanta la rabia por un momento, luego no puede más; avanza y entra al área de encierro.

Catalina: Ya veo que descolgó las cortinas.

MARÍA ANTONIETA se levanta.

MARÍA ANTONIETA: Pues sí. Buenas tardes. Soy María Antonieta Miranda, a sus órdenes.

CATALINA: Miranda de la Rosa. Prima del cardenal De la Rosa.

MARÍA ANTONIETA: Sobrina. Resulta muy largo con los dos apellidos. ¡Y dos nombres! Corto lo que se puede. Usted... ¿cómo se llama?

CATALINA: Catalina Enciso de Betancur. Soy mujer del coronel Betancur.

MARÍA ANTONIETA: Mucho gusto.

CATALINA: Ay, qué mentira. Llega a la cárcel y le da mucho gusto conocer a la carcelera.

MARÍA ANTONIETA: Pues sí. En vez de rejas y cadenas, veo una mujer muy enojada. Eso es hallar la humanidad en vez de una abstracción horrible: la cárcel.

CATALINA: ¡No estoy enojada!

MARÍA ANTONIETA: Qué bueno. Lo pensé.

CATALINA: Se le hicieron poco las cortinas.

MARÍA ANTONIETA: El cielo es más bello. A usted, ¿qué le gusta más? ¿El cielo o las cortinas?

CATALINA (*esto nunca se le habría ocurrido; un silencio en que valúa ambas cosas*): Bueno, claro..., el cielo.

MARÍA ANTONIETA: ¡Y esta madera antigua del suelo, tan preciosa, o la alfombra?

CATALINA: Son unas duelas viejas y... muy lavadas y... Sí, es buena madera.

MARÍA ANTONIETA: Bella.

CATALINA: Pues... si ve bellas unas tablas viejas...

MARÍA ANTONIETA: Más lindas que la alfombra. Y más limpias.

CATALINA: Será. (*La ve con rencor. Le chocó mucho darle la razón.*) ¿No va a quitar la colcha? A ver si el colchón es más bello.

MARÍA ANTONIETA: La colcha es preciosa, es una obra de arte. Un trabajo amoroso y difícil, de un gusto excepcional. ¿Es antigua?

Un silencio.

CATALINA: Eh... La... colcha... (*Silencio.*) La hice yo.

MARÍA ANTONIETA: Es preciosa. Gracias por ponerla en mi cama.

Un silencio.

CATALINA: De nada. (*Silencio.*) Bueno, es una... detención privilegiada, ¿no?

MARÍA ANTONIETA: ¿Lo es?

CATALINA: Celda especial, inventada para usted..

MARÍA ANTONIETA: ¿Eso es privilegio?

CATALINA: Mejor que una jaula llena de criminales rapadas y sucias.

MARÍA ANTONIETA: Una compañía solidaria. Compañía. Serían testigos si yo desapareciera. Esto... es un faro desolado casi en la frontera. Aquí puede pasarme cualquier cosa y nadie lo sabría durante algún tiempo.

CATALINA: Aquí no asesinamos, si es lo que quiere decir.

MARÍA ANTONIETA: Ojalá que aquí no.

CATALINA: ¡Claro que no! ¿Tiene usted miedo?

MARÍA ANTONIETA: En mi lugar, ¿tendrías miedo?

CATALINA: ... No...

MARÍA ANTONIETA: En el penal, todos te ven. Y si quieren darte algo más cómodo, y mejor trato, ahí mismo se puede. La gente lo consigue pagando, o con influencias. ¿Hay aquí más presos?

CATALINA: No.

MARÍA ANTONIETA: ¿Nada más yo?

CATALINA: Nada más.

MARÍA ANTONIETA: ¿Ves? Si eres de buena fe y un día no estoy cuando pases por aquí... Avísale por favor a mi familia. (*Escribe.*) Éste es el teléfono y... esto... para que pagues la llamada.

CATALINA: ¡Me estás sobornando?!

MARÍA ANTONIETA: ¿Eres funcionaria? ¿O policía, o militar?

CATALINA: No.

MARÍA ANTONIETA: Entonces, no puedo sobornarte, aunque quisiera.

CATALINA: Yo no recibo tu dinero.

MARÍA ANTONIETA: Pero ¿hablarás a este número... si desaparezco? Por favor. Como... mujer. Como mujer que otra le pide ayuda.

Silencio.

CATALINA: Sí. Claro que voy a hablar. Si se ofrece. Usted no va a desaparecer. Ojalá, pero no va a pasar eso.

MARÍA ANTONIETA: ¿Ojalá?

CATALINA: Digo, yo tengo que encargarme y que... ¡Yo no soy carcelera! Y tampoco sirvienta. Soy la esposa del coronel. Aquí... hay escoba, jerga, cubeta. (*Las trae.*) En el baño hay agua y una tina grande para que pueda lavar sábanas y su ropa.

MARÍA ANTONIETA (*ve todo, lo recibe*): Faltan un trapo de sacudir y un plumero con mango largo. El techo es muy alto y tiene telarañas.

CATALINA: Telarañas... Eh, bueno. Voy a traérselos. Van a venir unas negras a hacer el servicio, pero no ha llegado el presupuesto. Mientras, le toca a usted.

MARÍA ANTONIETA: Y las ayudaré, cuando vengan. Mira, háblame de tú. Vamos a tener una relación... muy íntima. Entonces... no hagas distancias.

CATALINA: Yo no sé hablar de tú.

MARÍA ANTONIETA: Bueno. Aprenderé a hablar de usted.

CATALINA recoge alfombras y cortinas. Ve el cielo. El suelo. Va a salir.

CATALINA: En la noche, le va a molestar el faro.

MARÍA ANTONIETA: Los faros no molestan. Los amo.

CATALINA: Vaya, qué amorosa.

Va saliendo.

MARÍA ANTONIETA: Gracias por la colcha.

ESCENA III

MARÍA ANTONIETA ha despertado. Ve por la ventana y va vistiéndose.

MARÍA ANTONIETA: Ahora debería marcar rayas en la pared. Verticales, seis, y una diagonal tachándolas cada semana. Como los presos. Como los demás presos.

Arregla la cama. Quiere abrir la ventana imposible. Toma un zapato y rompe un vidrio. Respira el aire con gusto.

Entra LEONARDO.

LEONARDO: Rompió usted un vidrio.

MARÍA ANTONIETA: Quería oler el mar. Y falta ventilación.

LEONARDO: Dañó propiedad del Estado.

MARÍA ANTONIETA: Ay, qué pena.

LEONARDO: Claro, usted quema vehículos del ejército. No le importa un vidrio.

MARÍA ANTONIETA: Pues no.

LEONARDO: No se le repondrá. Y las rachas de viento son muy fuertes, entrarán por ahí.

MARÍA ANTONIETA: Pondré una toalla.

LEONARDO: No le dan para eso.

MARÍA ANTONIETA: Traje toallas mías. ¿Qué se le ofrece?

LEONARDO: Ver como está instalada.

MARÍA ANTONIETA: ¿No había visto esto antes?

LEONARDO: Es más de lo que puede esperar una prisionera.

MARÍA ANTONIETA: O menos.

LEONARDO: ¿Qué le faltaría?

MARÍA ANTONIETA: Compañeras. Otras delincuentes, como yo.

LEONARDO: Habrá visto el cuarto de baño: antiguo, pero correcto.

MARÍA ANTONIETA: Sí: de museo.

LEONARDO: Esto es una celda de castigo, no es un centro de vacaciones.

MARÍA ANTONIETA: Qué amable de informarme.

LEONARDO: Aunque, por instrucciones muy superiores, está usted siendo tratada con enorme generosidad. Debería agradecerlo.

MARÍA ANTONIETA: Estoy agradecidísima. Corresponderé en cuanto pueda.

LEONARDO: Me parece natural que sea burlona y traviesa, aunque ya no está en edad de serlo.

MARÍA ANTONIETA: Usted es solemne y pomposo y sí está en edad. El privilegio, en cualquier cárcel, incluye libros, papel para escribir, tinta, plumas. ¿Voy a tener todo esto?

LEONARDO (*divertido*): Libros... los que hay aquí, pueden prestársele; hay reglamentos, libros de estrategia militar... ¿Le interesan? No hay novelitas ni versitos.

MARÍA ANTONIETA: Me interesan los reglamentos, eso quisiera leer primero. Y un libro de estrategia, el que le parezca mejor. ¿Cuántos tiene?

LEONARDO (*ligera vacilación*): Le... le traeré el mejor.

MARÍA ANTONIETA (*adivina, se divierte*): Si hay más de uno, tráigame dos.

LEONARDO: Se los mandaré.

MARÍA ANTONIETA: Y el papel, la tinta, la pluma. Vi en la cárcel que permiten hacer artesanías.

LEONARDO: ¿Quiere... tejer bejuco?

MARÍA ANTONIETA: Quiero hilos y aguja y trapos. Me gusta bordar.

LEONARDO: ¿Trapos? ¿Para jugar? Veré si se dispone de ellos.

MARÍA ANTONIETA: Si me manda todo eso pronto, hoy será un día mejor que otros.

Sale LEONARDO, saludándola tiesamente.

ESCENA IV

Área de habitaciones.

CATALINA: Lavó el piso, duela por duela. Sólo le faltó lamerlas. Lavó la ventana. Limpió el techo con el plumero. Lavó las sábanas y ropa suya, me dio todo a tender; «¿aquí dónde?», dice. Pues sí, ¿ahí dónde? Es como una especie de exhibición de... de... de quedar más limpia que nosotros. Eso es. No puede parar de insultar, pero con hipocresía.

LEONARDO: No querías lavar ni fregar, no quisiste que vinieran las negras...

CATALINA: Que vengan, pero viejas y feas. Escogidas por mí.

LEONARDO: Yo no escogí nada.

CATALINA: No, claro, pero tus alcahuetes sargentos. Todas negritas de quince años, o de veinte, todas preciosas, culonas y tetonas...

LEONARDO: Eso había.

CATALINA: Pues yo voy a encontrar unas viejas jorobadas y arrugadas y huesudas, ya verás si no. ¡Es lo que más hay!

LEONARDO: Ya no hacen falta. Nuestra prisionera trabaja más que cinco negras. Y gratis: es un ahorro. ¿No era lo que querías?

CATALINA: Como si aquí importara lo que yo quiero.

LEONARDO: Sírveme más café.

CATALINA: Y además, borda y lee. Unas fundas viejas que le pasé, ya las llené de flores y hojas bordadas, ¿para qué? ¡La tela está podrida! Lee y borda y friega los pisos y parece que hubiera cinco presas y no una. Ah, y escribe y escribe cartas.

LEONARDO: Y yo las leo todas. ¡Ya para de espiarla!

CATALINA: Para de espiarla tú. ¿Qué dicen las cartas?

LEONARDO: Poco y muy adornado. Comenta libros que recuerda, repite versitos que no quieren decir nada. Habla de ti y de mí...

CATALINA: ¡De ti y de mí! ¿Qué dice?

LEONARDO: Nada que nos importe.

CATALINA: No vas a mandar esas cartas.

LEONARDO: Las podría censurar si dijeran descripciones, estrategias o ideas políticas sediciosas. Pero son... cartas de muchacha malcriada que dice pedanterías a su familia, a sus amigos...

CATALINA: Y habla de nosotros.

LEONARDO: Bueno, sí.

CATALINA: Déjame revisarlas. Tú... no te fijes en muchas cosas.

LEONARDO: Mira, habla... del faro, de gaviotas, de lo que ve y de... así también, de nosotros.

CATALINA: Quémalas, tíralas a la basura.

LEONARDO: Ésa es la provocación. Sabe que las leeré y me provoca con groserías a tirarlas. Así puede declararse incomunicada, hacer escándalo, ¿ves?

CATALINA: Que lo haga, qué importa. Tíralas. ¿Qué dice de nosotros?

LEONARDO: Nada que valga la pena.

LEONARDO: De mí, se burla. A ti, te compadece.

CATALINA: ¿Qué? ¿Me compadece? Hija de puta, ¿de qué me compadece?

LEONARDO: Digo, no, no exactamente, es... No es compasión, es nada más...

CATALINA: Es el coño de su madre, de ésa sí que se compadezca. ¡Putas, reputísima!

LEONARDO: Dije mal. Compasión, dije mal. Y ¿te parece necesario el lenguaje de burdel?

CATALINA: De cuartel. Es donde estábamos hasta que llegó ella. Ahora es lenguaje de cárcel, muy adecuado. ¡Qué orejitas tan virginales has tenido siempre! Pero a mí no me va a compadecer una...

LEONARDO (*la interrumpe*): Simpatía sería la palabra. Simpatía.

CATALINA: ¿Simpatía?

LEONARDO: Dice que estás tan presa como ella.

CATALINA: ¡Estúpida! ¿Eso piensa? ¿Yo? ¿Presas? ¿Aquí? ¿Yo presa? ¡Pendeja! ¿Presas?... Yo...

Un silencio. Ella rumia lo que oyó.

LEONARDO: Más o menos, eso dice. Mira, leer tantas parrafadas, es como... como oír discursos o... Es mucha palabra lo que pone. No es tan claro todo... Pero no es feo lo que dice de ti.

CATALINA: Vaya. Piensa que estoy presa. *(Ve en derredor.)* Me vas a dejar leer esas cartas.

LEONARDO: No. No puede leerlas nadie más que yo.

CATALINA: ¡¡Pues gózalas!!

LEONARDO: Quiero un café.

CATALINA *(a gritos)*: Se acabó y si quieres más hazlo tú. No soy tu esclava.

Sale.

LEONARDO: Está loca. Desde que llegó la otra, ésta se volvió loca. Está loca.

ESCENA V

La celda.

LEONARDO: Señora, buenos días.

MARÍA ANTONIETA: Buenos días.

LEONARDO: Veo... que no le resultó amena la lectura.

MARÍA ANTONIETA: Útil, más que amena. Y curiosa.

LEONARDO: Pero no progresa mucho. Prefiere perder la vista en el mar.

MARÍA ANTONIETA: Sus libros ya los terminé.

LEONARDO: ¿De veras? Lee usted muy aprisa.

MARÍA ANTONIETA: Hice bien mi primaria.

LEONARDO: Su... eh. Así que le gustaron. Querrá otros.

MARÍA ANTONIETA: Pero no hay más. ¿O tiene otros?

LEONARDO: Puedo... conseguirlos.

MARÍA ANTONIETA: Con éstos me basta. El reglamento deberían repartirlo en las cárceles. No se practica y los presos no lo conocen.

LEONARDO: Es justo y avanzado. Lo han elogiado en otros países.

MARÍA ANTONIETA: Será que allá sí lo leen. Ahí dice que tengo derecho a libros enviados desde mi casa. No se me había comunicado.

LEONARDO: Le he dado a leer el reglamento.

MARÍA ANTONIETA: Muy bien. Y tengo derecho a recibir ropa. Tengo derecho a usar algún instrumento musical.

LEONARDO: Aquí no hay instrumentos.

MARÍA ANTONIETA: ¿Ni guitarras?

LEONARDO: Ni guitarras.

MARÍA ANTONIETA: Pueden enviármeme instrumentos.

LEONARDO: Debo consultar a mis superiores.

MARÍA ANTONIETA: No hace falta, pueden mandármelos, lea el reglamento.

LEONARDO: Usted es un caso especial.

MARÍA ANTONIETA: Todos son casos especiales, entonces, en la otra cárcel. Todo era arbitrario.

LEONARDO: Es posible. No me corresponde juzgar la cárcel, ni la conozco tan íntimamente como usted.

MARÍA ANTONIETA (*burlona*): Y... me dio a leer algo prohibido. Gracias.

LEONARDO: ¿Prohibido?

MARÍA ANTONIETA: Su libro de estrategia.

LEONARDO: ¿Prohibido? ¿Cómo puede creer tal cosa?

MARÍA ANTONIETA: Según el reglamento, está prohibido que los presos recibamos literatura subversiva.

LEONARDO (*se ríe*): ¿Considera subversiva la estrategia?

MARÍA ANTONIETA (*lee*): «La estrategia nos fija el punto en el cual y las fuerzas numéricas con las que se librará la batalla. Es muy probable que clanes o tribus físicamente débiles, o grupitos disidentes armados, sobrevivan recurriendo a movimientos estratégicos, más efectivos en resultado que la mera resistencia física. El ataque sorpresa es una de las tempranas manifestaciones de la estrategia». ¿Eso no es subversivo? Siguen lecciones de emboscadas y de astucias guerrilleras. (*Sonríe*.) El abecedario envejecido de la matanza. El mundo ya no es así. ¡Pero cambia cada día! Su pobre autor no asume que hay aviación, cifra todo en la infantería. ¿Supo usted lo que hacía ese mexicano, Pancho Villa, con sus aviones? Yo sí lo sé, pero su autor no. Este libro es más útil para guerrillas que para ejércitos.

LEONARDO: Desde aquí, no va a poder planear muchas guerrillas.

MARÍA ANTONIETA: Y si lo hiciera, no iba a contárselo.

LEONARDO: Vaya, pues tengo aquí una experta en estrategia.

MARÍA ANTONIETA: Solamente soy menos tonta que un militar.

LEONARDO: Son tontos, entonces, los grandes generales del mundo: Alejandro, Napoleón...

MARÍA ANTONIETA: Claro. Alejandro cubrió territorios que no podía dominar, por extensos. Tuvo que volverse un sátrapa extranjero y reinar como asiático... Su conquista lo poseyó y lo derrotó. ¿Y el ataque de Napoleón a Rusia? ¿Hay cosa más estúpida posible? Y mire ahora a los franceses construyendo su línea Maginot. Qué cosa más imbécil y más cara.

LEONARDO: Es usted mejor estrategia que Maginot.

MARÍA ANTONIETA: Cuando menos, sé que hay aviones. Y que si Bélgica fue atropellada una vez, lo será de nuevo en cuanto haya guerra. Tenga su libro. Es obra de un hombre muy ignorante, bastante bobo y muy cruel. Erige el darwinismo en teoría política. Sí, la supervivencia del más fuerte como ley natural y los más fuertes quieren volverla ley moral. Una porquería.

LEONARDO: Pero cierta. Lo que dice Darwin es cierto.

MARÍA ANTONIETA: Y lo que dice Newton también. ¿Por eso arrojan a sus presos por las ventanas? No digan después que se suicidaron, digan nada más: «les aplicamos la ley de Newton».

LEONARDO: Muchas personas se suicidan.

MARÍA ANTONIETA: Deje bastantes cartas diciendo que yo no. Se publicarán si algo me pasa.

LEONARDO: Le hizo bien leer estrategia, está muy belicosa.

MARÍA ANTONIETA: Y como esto que leí es toda su biblioteca, pido libros a mi casa. Y les pido otras cosas, según el reglamento. En la carta cito los capítulos y los incisos. Entérese. Lee toda mi correspondencia, ¿no?

LEONARDO: Naturalmente.

MARÍA ANTONIETA: Pues goce sus funciones de carcelero y espía. Aquí está mi carta.

LEONARDO: Goce usted sus derechos de presa. Que tenga un buen día.

Se retira. Los dos están furiosos. Ella va a la ventana, al vidrio roto, a respirar profundamente. Se calma.

MARÍA ANTONIETA: Bendito sea al mar.

ESCENA VI

Oscuridad. Luz periódica del faro. Un ventarrón silba y las olas rompen con estruendo. Relámpagos, truenos. MARÍA ANTONIETA, en ropa de dormir, se levanta de la cama y va al vidrio roto. Una racha de agua la empapa. Se queda ahí, mojada, viendo la tempestad.

MARÍA ANTONIETA (a gritos): Rompe paredes, rómpelo todo, arranca el faro de raíz. Húndenos de una vez, llévanos al abismo, ¡brilla con tus relámpagos, electrízanos, haznos trizas! ¡Olas, olas, olas! Soy una ola gigante, aplasto el faro, hundo las rocas, lleno de peces hambrientos los corredores, las escaleras, hago flotar las puertas como balsas que esperan náufragos, tejo paredes de coral, tejo y destejo muros de coral rojo y blanco, ¡los desbarato! ¡Soy un rayo también! Juego y fulmino. Electrizo las olas, hago resplandecer el esqueleto de la noche, tomo radiografías de peces y de medusas. Soy una negra cólera desnuda, mandé al abismo las estrellas, soy un volcán de nubes y de viento, y reviento las aguas y la costa y las rocas las hundo, las despedazo, las hago arena mansa. Tempestad y tormenta, tempestad, convulsión de elementos, tempestad. Olas, olas, olas rómpanse. Rayos, relámpagos, truenos, rayos, truenos, truenos. Viento mojado, viento huracán, viento. La tempestad es invitada por el faro. ¡Llévanos! ¡Húndenos! ¡Llévanos!

Hace un rato que CATALINA está observándola. No puede más.

CATALINA: ¡Pare de gritar así! ¿Qué tiene? ¿Se volvió loca? Mírese. Está encharcada.

MARÍA ANTONIETA: La tempestad sabe a sal.

CATALINA: ¿Tiene miedo? ¿Es eso? ¿Le da miedo la tempestad?

MARÍA ANTONIETA (se ríe): ¡Miedo? ¡Yo soy la tempestad! Soy olas y rayos y ráfagas de viento y agua. ¡Soy libre!

CATALINA: Está loca.

MARÍA ANTONIETA: Soy libre de escoger las palabras y los gritos. Soy libre de golpear la costa y de fulminar los árboles. Soy libre. Sólo que tú no sabes lo que es eso.

CATALINA (entre dientes): Carajo. Está poética. (Grita.) ¡Pues si es tan libre, váyase a fulminar el coño de su madre!

Se va. Ataque de risa histérica de MARÍA ANTONIETA. Luego, se queda quieta, suspira. Está exhausta. Ve en derredor, se medio seca con una toalla, luego la usa para tapar el hueco del vidrio roto. Vuelve a la cama.

ESCENA VII

La cárcel: una mudanza. Están metiendo un piano, dos baúles tipo transatlántico, un espejo de cuerpo entero como de modista. Traen también tres cuadros.

MARÍA ANTONIETA ve la maniobra: antes de que acaben de traer todo ha abierto un baúl; hay libros, ropa, cosméticos... Los cuadros son reproducciones de Matisse, Chagal y Klee.

Cuando ellos acaban ella les agradece. Se van... «Gracias, soy una presa, no puedo darles propina...»

Ella va al piano y toca una nota, una escala. Empieza una tarantela, hace un glissando, llora de contenta, vuelve a tocar. Se interrumpe; saca vestidos de los baúles y se los prueba; despliega algunos en la cama, se pone por encima otros.

Se maquilla, se peina. Toca un fragmento de Scarlatti, se pone el primer vestido. Se contempla, se mueve, se cambia por otro y vuelve a verse, a tocar. Es un desfile de modas, ella es la modelo y el público. Seguirá haciéndolo.

Esto lo han espiado CATALINA y LEONARDO. Él se retira primero. Luego ella.

Área de habitaciones.

CATALINA: ¡Eso es una mudanza! ¿Viste bien todo lo que le trajeron?

LEONARDO: No hace falta; aquí está el inventario, firmado y autorizado. Cosas tontas, inútiles y frívolas. Pero es su derecho.

CATALINA: El derecho lo inventan cada día. Hacen leyes excepcionales y nadie las conoce. O son parrafadas tan misteriosas que no se entienden y las explican como quieran.

LEONARDO: El general está inventando este país. Y era el caporal en su finca, bien lo sabes. Y es igual de difícil el pueblo que el ganado. Claro, el ganado deja más.

CATALINA: A ti. Porque él está muy próspero. Y sus ministros, ¿qué tal? Tú..., claro, ganarías más de caporal.

LEONARDO: No es verdad. Y no tendría los honores que ahora.

CATALINA: Caporal-coronel. Suena a guaracha. *(Lo repite, palmeando al ritmo.)* Caporal, coronel, coronel, caporal.

LEONARDO: Con eso, no se hacen bromas. Lo gané con sangre. Coronel por méritos. Hombre de su confianza, de su equipo. Mira.

Se alza la camisa, enseña cicatrices surtidas.

CATALINA: Me las sé de memoria. Me las sabía. Hay otra por abajo, allá atrás. No vayas a enseñármela. Piano, espejo, cuadros, baúles. Ahora ya no es cárcel, es hotel de lujo.

LEONARDO: Estarás feliz. Te ofendía que fuera cárcel.

CATALINA: La presa es una muñeca preciosa, se viste y se contempla. *(Se pasetea.)* Creerá que está en un desfile de modas.

LEONARDO: Es la extensión del llano, el ganado reunido, marchando y obedeciendo. En eso pienso cuando hacemos desfiles. Y el general, digno como un patriarca, sencillo, accesible a todos...

CATALINA: Quisiera yo ver si en el penal la dejarían tener todo esto.

LEONARDO: Según el reglamento, pueden mandarle su propia ropa, ya que no proporcionamos uniforme.

CATALINA: ¡Pues proporcióname! A rayas, de tela gruesa.

LEONARDO: Demasiados presos en el país. No puedes vestir a tantos. Carísimo.

CATALINA: ¡Un piano! ¿Tú sabes cuánto costó traer acá todo eso?

LEONARDO: ¡Puede tocar instrumentos o estudiar música! ¡El reglamento!

CATALINA: ¿Y quién putas le dio a leer el coño de reglamento? ¿Quién?

LEONARDO: ¡Quería leer algo! ¡Y me irrita que seas vulgar!

CATALINA: Estrategia y reglamentos... ¡Cómo se rió de ti!

LEONARDO: ¿Tienes que espiar siempre, detrás de las puertas?

CATALINA: ¡Siempre! Y lo mismo haces tú. ¿Para qué tenías que darle a leer todo eso?

LEONARDO: ¿No entiendes que tiene derecho?

CATALINA: ¿Y cómo va a saber a qué tiene derecho si nadie le da a leer el maldito reglamento?

¿Por qué se lo diste?

LEONARDO: Porque soy justo. Yo sé la ley, entonces...

CATALINA: ¡No sabes nada! ¡No lo habías leído jamás! ¡No sabías lo que le dabas! ¡Y no eres justo! He visto hasta el cansancio cómo te gusta abusar de tus soldados. Se lo diste porque te lo pidió y por coquetería; pareces gallo haciendo la rueda, te conozco de sobra. Y ella es una gallina con la cola parada, una gata en brama dando alaridos en la noche a ver quién va a calmarla. Eso es lo que sucede y se burla y te insulta y es como te provoca. Se lo diste porque te lo pidió, pero estás esperando que te pida tu cosa para dársela, ¿verdad?

LEONARDO: No sé por qué piensas así. Por celosa. Hablas nada más celos y tonterías, eso es todo.

CATALINA: Serán tonterías, pero si te pesco saltándole encima...

LEONARDO: ¿Qué?

CATALINA: Es una advertencia muy seria, Leonardo. Muy seria. *(Sale.)*

Él se ha quedado entre sonriente y pensativo... Sale también.

La prisión.

Ha durado el desfile de modas. Ahora, dentro de un traje de noche de Chanel, MARÍA ANTONIETA toca a Scarlatti.

CATALINA se ha filtrado ahí. Muy furtiva, va y contempla los vestidos.

MARÍA ANTONIETA la siente, deja de tocar.

MARÍA ANTONIETA: ¿Estaba usted oyendo?

CATALINA: Estaba oyendo el cuartel entero.

MARÍA ANTONIETA: ¿Y le gusta?

CATALINA: Suena como máquina de coser, o como molinito de café, chachaca, chachaca, chachaca.

MARÍA ANTONIETA: Puede ser... Pero a ver, ¿qué tal esto?

Toca «María de la O» de Lecuona y luego seguirá con «Rosa» de Agustín Lara.

MARÍA ANTONIETA: ¿Esto le gusta más?

CATALINA: ¿Para qué quiere tanto trapo? ¿Quién espera que la vea?

MARÍA ANTONIETA *(tocando)*: Para mí misma. Me divierten los trapos, me gustan como la música, como la pintura, como los libros...

CATALINA: ¿Eso es pintura?

MARÍA ANTONIETA: Reproducciones. Son preciosas.

CATALINA: ¿Eso? (*Risita.*)

MARÍA ANTONIETA: ¿Quiere leer una novela muy emocionante?

CATALINA: ¿Cree que tengo tiempo para perderlo en eso?

MARÍA ANTONIETA: Ganarlo. Las novelas son... sueños que nos transforman, fantasías que cambiarán el país. Ésta es una novela venezolana de hace dos años. *Doña Bárbara*. ¿Quiere leerla?

CATALINA: ¿Por qué me tiene lástima?

MARÍA ANTONIETA deja de tocar. La ve.

MARÍA ANTONIETA: ¿Lástima? No. Yo no diría eso. ¿Por qué piensa eso?

CATALINA: Porque lo escribí.

MARÍA ANTONIETA (*muy harta*): ¿Usted también lee mis cartas? Será mejor publicarlas en el periódico. Y las lee mal: nunca dije eso.

CATALINA: No las leo. Pero Leonardo... el coronel me dijo.

MARÍA ANTONIETA: Qué discreto. Qué varonil. Las voy a publicar. Ya verá que no escribí «lástima».

CATALINA: Estos trapos... ¿Para lucirlos... con quién?

MARÍA ANTONIETA: ¡Ay, conmigo misma, mira el espejo! No pensé en el efecto que te podían hacer, perdóname. Quiero probar algo.

CATALINA: ¿Me va a tutear otra vez? ¿Cómo a sus criadas?

MARÍA ANTONIETA: Mis criadas me hablan de tú y me regañan, me vieron crecer. O crecieron conmigo y jugamos juntas. Venga usted, pues.

CATALINA: ¿Qué me quiere?

MARÍA ANTONIETA la toma de la mano y la sienta. La observa. Le suelta el pelo y le limpia la cara con crema. La maquilla cuidadosamente, le arregla el pelo de modo conveniente, la hace ver en la mejor versión posible de sí misma. Todo, con bastante rapidez. La lleva al espejo.

MARÍA ANTONIETA: Y no digas que no tienes tiempo. ¿Viste qué aprisa lo hice?

CATALINA: ¿Crees que le importa cómo me veo?

MARÍA ANTONIETA: A él, no sé. Pero a ti misma, mírate. Ésa eres tú. Y... (*Toma un vestido, otro, vacila... Ve el volumen de CATALINA muy mayor que el de ella.*) Mañana te daré una sorpresa. Ven a verme mañana.

CATALINA (*tras un silencio*): Me tiene lástima.

Se limpia la cara. Se desordena el pelo. Sale.

Suspiro de MARÍA ANTONIETA. Vuelve a su Scarlatti.

ESCENA VIII

La prisión. Noche.

La luz del faro con su insistencia, muy presente.

LEONARDO *se desliza con cautela. Se va acercando suavemente a la cama.*

MARÍA ANTONIETA *se incorpora de un salto.*

MARÍA ANTONIETA: ¿Qué está haciendo aquí?

LEONARDO: Shh. Quedito. Vengo a visitarte.

MARÍA ANTONIETA: ¿Qué horas son? Lárguese de aquí. No tiene ningún derecho a entrar a estas horas.

LEONARDO: Soy el jefe. Soy el que manda. Todos los derechos son míos.

MARÍA ANTONIETA: Lárguese de aquí, pendejo.

LEONARDO: No finjas. Me has estado provocando como gallinita de lujo. Pues ya llegó tu gallo. Gritabas por las noches, ¿no? Como gatita en brama. Estrenas vestidos finos y te luces...

MARÍA ANTONIETA: Ha estado espiándome. Me he dado cuenta.

LEONARDO: No nos hagamos los tontos. Tú me estás esperando hace muchas noches.

MARÍA ANTONIETA: Pendejo de mierda, lárguese al coño de su madre, puede que allí lo reciban con ilusión. ¡Fuera de aquí!

LEONARDO: Me extraña esa boca en una dama tan bella, tan irreal. Un sueño. Te conocemos en las revistas, en los periódicos, cabalgando con príncipes, cenando con artistas... Lo supe, lo supe, que si te enviaban aquí era por algo. Venías hacia mí porque hay destino. Son citas que hace la vida. Esa diosa venía a la tierra y yo estaba esperándola. ¡Y tú sabías! ¡Lo sabías! Pediste ropa, y piano, todo, ¿para quién? Ya estaba escrito.

MARÍA ANTONIETA: ¡Está borracho!

LEONARDO: Borracho de tu olor. Eres como un jardín. Te huelo y no puedo más.

Él empieza a desnudarse. Ella salta de la cama. Toma la escoba y le da de palos, le rompe la cabeza; él empieza a chorrear sangre.

LEONARDO: ¡Bestia de mierda, suelta esa escoba!

Se la quita, la somete por la fuerza, la aprieta.

MARÍA ANTONIETA: ¡Suéltame!

LEONARDO: Ahora vas a saber lo que es un hombre.

MARÍA ANTONIETA: ¿Contigo? Pendejo. Mi segundo marido fue un negro maravilloso, con una verga maravillosa, grande, dura, preciosa... A ver la tuya. Sácala. *(Se la aprieta por sorpresa.)* Aaay, ¿con ésa vas a violarme? *(Empieza a reírse y a reírse.)* ¿Voy a aprender lo que es un hombre con esa miseria que te cuelga? Y ni siguiera se te para bien, ya estás muy viejo. Qué tristeza. Anda, ven. Ya, me dejas, total, como si un niño de siete años jugara conmigo... *(Se alza la falda de la bata, se pone en actitud obscena.)* Anda, ven. Mientras, puedo pensar en un campesino griego que conocí, enorme, bronceado, precioso, ¡joven! Anda, pobrecito, ojalá puedas...

LEONARDO *le da un puñetazo en la cara. Le rompe la boca y le hace sangrar la nariz.*

LEONARDO: ¡Puta reputísima! ¡Puta hija de puta!

Se queda viéndola. Se frota el sexo para ver si le vuelve la erección. No. Nada. Sale con lujo de violencia, rompiendo lo que puede.

Un silencio.

MARÍA ANTONIETA *trata de dominarse pero no puede. Gime, solloza y solloza y llora, tiembla y gime. Entra CATALINA, en bata. Trae una pistola en la mano.*

MARÍA ANTONIETA: Tuve mucho miedo. Creí que iba a violarme.

Se abraza a la otra, llorando, gimiendo.

CATALINA: Ya pasó. Ya. No llores.

Enciende la luz. Deja la pistola y revisa el rostro de MARÍA ANTONIETA.

CATALINA: Te rompió la boca. Y la nariz. Pendejo impotente. Deja lavarte con agua fría. *(Con una toalla que moja la limpia, improvisa fomentos.)* El imbécil. Parece loro. ¡Repite lo que le dicen, es bruto, estúpido, cobarde! ¿Será la edad? No es viejo. Digo, no mucho. Yo tengo la culpa. Criatura, cómo sangras. *(Cambia la toalla por otra.)* Culpa mía. Soy ciega y animal.

MARÍA ANTONIETA: ¿Y eso? *(La pistola.)* ¿Ibas a defenderme?

CATALINA: ¿Yo? Mh, no te hace falta. Eso que le hiciste, ¡es una barbaridad! Le rompiste la cabeza.

MARÍA ANTONIETA: Te esperaste a que se fuera... No venías a defenderme. ¿Ibas a matarme?

CATALINA: No, no. A ti no.

MARÍA ANTONIETA: ¿A él? No. A mí.

CATALINA: Si hubieras aceptado... Si hubieras dicho «no», pero haciéndole lugar en tu cama... ¡Madre Santa, qué palo le diste! Pero lo otro... fue peor...

MARÍA ANTONIETA: Siempre fui la mejor en quebrar piñatas. *(Se ríen, las dos.)* ¿Cómo pudiste pensar? ¿Que iba a aceptarlo? Te morías de celos por esa porquería de gallo viejo ridículo, malo...

CATALINA: No tengo otro.

MARÍA ANTONIETA: Con tanto soldado joven...

CATALINA: Le tienen miedo. Y no les gusta, ni me ven. Y yo no sé andar con otros. Una vez lo hice, con un... un hombre muy bien. El remordimiento me duró meses, y un miedo no sé a qué.

MARÍA ANTONIETA: Eres muy infeliz aquí. ¿No podrías largarte?

CATALINA: Nunca he tenido... grandes dichas... ni gozos. De jovencita sí, y hasta bonita era... Pero llegó éste, con su uniforme. Y me largué con él. Los niños se nos murieron, todos, a los dos o tres días de nacidos... Mejor para ellos, ¿no? Crecer de cuartel en cuartel...

MARÍA ANTONIETA: ¿Cuántos fueron?

CATALINA: Cuatro. El último vivió más. Pobrecitos.

MARÍA ANTONIETA: Pero... matar por él...

CATALINA: ¡Por mí! Por la humillación. Bastante me hace, a toda hora. Y a cambio, debía admirarlo todo el día. Hace rato que no.

MARÍA ANTONIETA: He sido muy imprudente. ¡Pero estoy sola!

CATALINA: ¿Imprudente?

MARÍA ANTONIETA: Mandar a traer todo esto... Fue... Por mostrar mi fuerza, por insolencia, por... Y mira, todo esto acompaña. La música, la ropa, leer, leer, escribir un poco... Todo eso, a veces resulta mejor que la gente. Pero claro, para ti ha sido...

CATALINA: No ha sido nada. Como si no existiera. Nada tiene que ver conmigo.

MARÍA ANTONIETA: Será porque no quieres. Lee algo, una novela, unos versos. Eso nos hace bien, nos ayuda, eso nos dice ¡cosas de nosotras mismas!

CATALINA: ¿Y de veras... tu marido fue un negro así?

MARÍA ANTONIETA: Era un mulato muy hermoso y muy flojo. No le gustaba trabajar en nada, sólo quería divertirse... Y bueno, era como un muñeco lindísimo, tan bello... En fin...

CATALINA: ¿Y el griego?

MARÍA ANTONIETA: Ese lo inventé. Tuve mucho miedo.

Vuelve a llorar.

CATALINA: Te voy a hacer un té.

MARÍA ANTONIETA: Qué loca. Ibas a matarme. Qué absurdo.

CATALINA: Y a balazos.

MARÍA ANTONIETA: ¡Déjame esa pistola, por favor! Puede volver.

CATALINA: ¡Después de cómo lo humillaste? Volvería para maltratarte... si se atreviera.

MARÍA ANTONIETA: Pues sí, pues sí. Déjamela por favor. Por favor.

Un silencio. CATALINA le da la pistola.

CATALINA: ¿Sabes usarla?

MARÍA ANTONIETA: Gané un concurso de tiro.

CATALINA: ¡Coño! ¡Dime algo en que no ganes premios!

Se ríen las dos.

MARÍA ANTONIETA: Hice algo para ti. Con dos vestidos del mismo color... Pruébatelo. El diseño quedó intacto, nada más lo amplié.

Es un vestido muy grande, muy elegante. CATALINA lo ve.

CATALINA: ¿Para mí?

MARÍA ANTONIETA: Pruébatelo.

La otra se lo prueba. Se queda fascinada.

MARÍA ANTONIETA: Y con este sombrero. Mírate. Y hay que pintarte... Podrías ponerte a dieta, ¿no? *(La pinta.)*

CATALINA: ¿Para qué?

MARÍA ANTONIETA: Para ti misma. ¡Eres bonita!

Ella se ve largamente y es ahora la que se pone a llorar.

CATALINA: ¡Cómo no vas a tenerme lástima!

MARÍA ANTONIETA: Yo no puedo tenerle lástima a nadie. Soy nada más una prisionera, sola, sola, sola, sola, eso soy. El tiempo no se llena jamás, ni con música, ni con trapos ni con libros. No se llena. ¡No te lo quites! Es tuyo. Lo arreglé para ti.

CATALINA: Gracias. Me lo pondré para barrer el cuartel. Toma tu té.

MARÍA ANTONIETA: Muy rico.

CATALINA: La tila es buena, te va a dar sueño.

MARÍA ANTONIETA: Tomo tanta que no sé. Gracias.

CATALINA: Bueno. Que descanses.

MARÍA ANTONIETA: Ahora, voy a estar tranquila, cuando menos.

Lo dice por la pistola.

CATALINA (*se ve en el espejo*): Precioso. Precioso. Qué desperdicio, vérmelo. Gracias. Hasta mañana. Y si ése piensa que me visto así por él... O si quiere desahogarse conmigo... Se va a encontrar con el cuchillo de cocina.

Sale. MARÍA ANTONIETA apaga la luz.

ESCENA IX

La celda.

Entra furioso LEONARDO. Trae un paquetón de periódicos.

LEONARDO: Señora; se acabaron las cartitas. Incomunicada desde hoy. Órdenes superiores.

Ella alza los ojos. Sonríe, contenta. Él sale.

Las habitaciones.

Él arroja al suelo el paquete, sin saber qué hacer.

CATALINA: ¿Qué sucedió?

LEONARDO: Nada.

CATALINA: ¿Por qué incomunicada? ¿Temes que les cuente a tus amigos cuánto mides?

LEONARDO: ¿Qué estás diciendo?

CATALINA: Ya no habías vuelto a visitarla.

LEONARDO: También a ti voy a romperte el hocico.

CATALINA: También yo sé usar los palos de escoba. ¿Por qué la incomunican?

LEONARDO: Órdenes. De mi general.

CATALINA: Vaya. ¿Y eso?

LEONARDO: Las cartas. Están publicándolas.

CATALINA: ¿Publicándolas? ¿Cómo puede mandarlas al periódico? Te darías cuenta.

LEONARDO: Las mandó su familia. Todas las que ha escrito.

CATALINA: Pero según tú, no decían nada importante.

LEONARDO: ¿Se burla de mí! ¡Hace bromas con todo! Hasta fantasías estúpidas.

CATALINA: Fantasías... ¿Y eso importa?

LEONARDO: Está alborotando a los estudiantes. Con esas fantasías. Habla de novelas y ellos la entienden. Yo no sabía de qué novelas hablaba.

CATALINA: Novelas.

LEONARDO: Habla de versos y dice algunos... Ellos se saben la otra mitad. Como una clave. ¡Ordenó publicarlas y no me di cuenta! Yo lo leí, decía: «con mis cartas hagan una columna». Yo pensé, no sé, una ridiculez, quiere que hagan un montón en forma de... ¡Columna de periódico, eso era!

CATALINA abre el periódico y busca. Se sienta a leer.

LEONARDO: ¿Vas a leerlas?

CATALINA: Cualquiera va a leerlas. No seré la excepción.

Él sale.

CATALINA: «Cartas desde el faro»... *(Lee, mueve la cabeza, lee. Toma otro periódico, y otro, los abre, lee columnas, lee otra...)* «Mi única intimidad es con una mujer que dura enfurecida el día entero; tiene todo el derecho a su cólera: recibe órdenes, trabaja, y ve con adoración a ese viejo pomposo, autoritario, lleno de gestos ridículos. Él tiene algo de mono que imita un modelo mejor. Y claro, sin buscar mucho, descubrimos el modelo. Pienso, ¿cuántos simios así se han engendrado? Esos gestos entre patriarca y hacendado, magnate y hombre sencillo, van a deformar, ¿a cuántos seguidores?»

La censuraba... y dejaba pasar esto. Es un idiota. *(Lo piensa y con algún asombro lo corrobora.)* Es... ¡es tonto! Es tonto.

ESCENA X

Las habitaciones.

LEONARDO al teléfono.

LEONARDO: Sí, sí, entiendo. Claro, sí, mi general. Sí. Sí señor. Sí, sí. A sus órdenes, siempre. Entendí, sí, entendí. Sí. A sus órdenes.

Cuelga. Está harto, enojado, humillado. CATALINA lo observa.

LEONARDO: ¿Por qué me ves con cara de pendeja?

CATALINA: Será que me volví espejo. Te regañaron.

LEONARDO: No.

CATALINA: Te regañaron. ¿Otra vez por las cartas?

LEONARDO: Dejaron de salir.

CATALINA: Pues sí. La incomunicaste, se acabaron.

LEONARDO: Nos acusan de que la asesinamos. Escándalo internacional.

CATALINA: Llévensela donde la vean todos.

LEONARDO: No se puede condescender tanto. Vamos a... Tú. Tú vas a ayudarla.

CATALINA: ¿A qué?

LEONARDO: A que se fugue.

CATALINA: ¿Van a matarla huyendo? ¿Ley fuga?

LEONARDO: No, estúpida. No se puede. Demasiados banqueros y demasiados curas en la familia. Que se largue y se la lleven a Miami. Vamos a desclavar la ventana. Le pones una escalera, como por casualidad. Puede... puede dejarse un caballo por ahí, a la mano. Que se largue a Florida, o a París, o al carajo. Que diga lo que quiera, pero en otros países; aquí no.

CATALINA: Me alegro.

LEONARDO: ¿De qué te alegras?

CATALINA: De que salga, de eso me alegro. De que vuelva a ser libre. ¡De que se vaya! Me alegro de que se vaya. *(Llora.)*

LEONARDO: ¿Y eso? ¿Por qué vas a llorar?

CATALINA: Porque me da la gana, pendejo. Nunca entiendes nada. Ni yo tampoco. No sé por qué estoy llorando.

ESCENA XI

La prisión.

La ventana de par en par.

Anochece, fantásticos colores en el cielo. El faro pasa y pasa. MARÍA ANTONIETA en la ventana.

Entra CATALINA.

CATALINA *(quedo)*: María Antonieta.

MARÍA ANTONIETA: Ves el mar y atrás están las montañas. Crecen aprisa, suben y brincan, abollonadas y dulces como alfombras... Y los golpes del mar son amorosos... Olas que lamen y acarician... Esto sí, esto sí es un atardecer. Y esos lujos en el reflejo: resplandor sangre, resplandor oro, rayones verdes y amoratados... ¡Cómo ha de haber gozado Dios haciendo el Caribe!

CATALINA: ¿Ves esa escalera? En la noche, voy a ponerla debajo de tu ventana. Y ahí va a estar un caballo. En ese árbol.

MARÍA ANTONIETA la observa. Un silencio.

MARÍA ANTONIETA: ¿Idea tuya?

CATALINA: ... Sí...

MARÍA ANTONIETA: No mires a otro lado. Mírame. ¿Idea de quién?

CATALINA: De Leonardo.

MARÍA ANTONIETA: ¿A él solo se le ocurrió? No es posible. ¿O sea de quién?

CATALINA: Ya sabes. *(Gesto de «arriba».)*

MARÍA ANTONIETA: Quieren que me fugue ¡para matarme!

CATALINA: Claro que no. No pueden, ni se atreven. Que te vayas al extranjero, en paz, y ya no escribas desde la cárcel. Desde el faro. Leí tus cartas.

MARÍA ANTONIETA: Claro, ¿por qué no?

CATALINA: María Antonieta, te dejan libre. Fuiste más fuerte que ellos.

Un silencio.

MARÍA ANTONIETA: ¡Libre! Y... *(Se sienta.)* Y voy a ser entonces una prófuga de la ley... Como si mi encierro y el de los estudiantes hubieran sido justos... Legales... Y quedo fuera de la ley. Y el gobierno queda con cara de legal... *(Un silencio.)* No. No voy a fugarme. Voy a salir absuelta... o a quedarme.

CATALINA: ¡¿No vas a irte?!

MARÍA ANTONIETA: No, ¿no entiendes? ¿Qué gran justificación iba yo a darles, fugándome! No. No me voy. Díselo a ese infeliz con el que vives. Que yo salgo absuelta, después de mi juicio, pero no salgo prófuga y desterrada.

Un silencio. De pronto, risita de CATALINA.

CATALINA: Tienes razón. *(Le da un beso.)* Me alegro de que no te vayas... Todavía.

Sale. Ella vuelve a la ventana.

ESCENA XII

Las habitaciones.

LEONARDO: ¡Si no se larga esa puta, voy a amarrarla encima de un caballo y lo voy a fuetear para que se la lleve al carajo!

CATALINA *(tranquila)*: Y del carajo va a regresar para encerrarse aquí. Se va a sentar fuera, hasta que la dejes entrar o la eches legalmente.

LEONARDO: Nadie la va a absolver porque nadie la va a juzgar. O habría que hacerle juicio a todos los estudiantes.

CATALINA: Sí. Eso habría que hacer.

LEONARDO: Estás contenta. Ya eres su amiga.

CATALINA: Estoy muy divertida, más que contenta.

LEONARDO: Divertida ¿de qué?

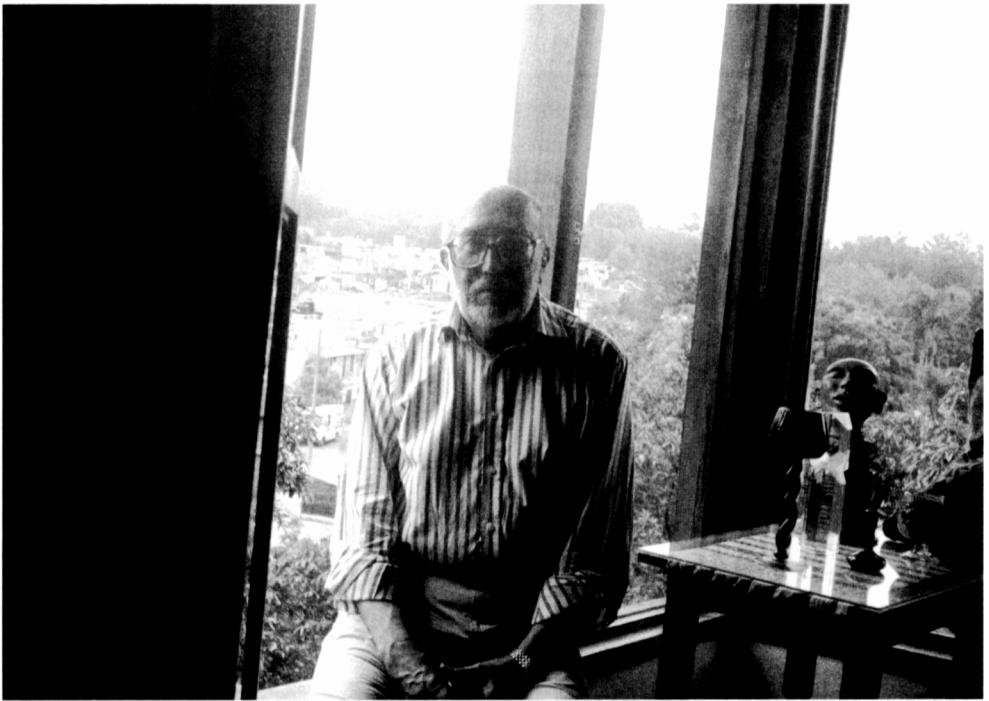
CATALINA: ¿Ni eso se te ocurre? Adivínalo. Y sí. Sí. Soy su amiga. Somos amigas.

ESCENA XIII

Prisión.

MARÍA ANTONIETA *está en la ventana. Viste algo muy sencillo y muy elegante, como para viajar.*

Entra CATALINA, con una maleta vieja.



Emilio Carballido. Autor de La Prisionera a la seva casa de Xalapa. 2001.

CATALINA: Está viejísima, pero va a servirte.

MARÍA ANTONIETA: Es demasiado grande. No voy a llevarme tantas cosas. Algunos libros, cuadernos de notas, un poco de ropa. Esto es enorme.

CATALINA (*piensa*): Ya sé, ya sé. Espérame.

Sale corriendo.

MARÍA ANTONIETA sigue acomodando cosas en la cama; lo que dijo y algunas blusas, faldas, zapatos y medias, ropa interior.

Entra CATALINA, trae una maletita triangular de piel, con armazón metálica en la boca.

CATALINA: Ésta es de cuando era pagador. Llévatela.

MARÍA ANTONIETA: ¿Qué vas a decir?

CATALINA: Ni se acuerda que existe.

MARÍA ANTONIETA: Gracias. (*Empaca ahí.*) Un indulto... No es una absolución. Debí negarme a salir, pero... Catalina, no puedo más. O salgo o me vuelvo loca. He conservado la razón gracias a ti.

CATALINA: Viene una marcha de estudiantes a esperarte. En bicicletas y en autobuses y en camiones de carga. Detrás del coche de tu familia. Traen banderas y... periodistas, docenas de periodistas. El ejército los dejó pasar.

MARÍA ANTONIETA: Hubiera querido encontrar a la gente poco a poco. Me van a hacer llorar y voy a estar muy ridícula.

CATALINA: Y tu encierro, y este desfile, tu regreso... es porque quieres que las mujeres votemos. A mí no me importa votar.

MARÍA ANTONIETA: Las mujeres somos más de la mitad del país. ¿Por qué nos impiden participar en política? Toda la corrupción y la violencia la manejan los hombres.

CATALINA (*sonríe*): Las mujeres aprendemos muy pronto a ser violentas. Y corrompidas. Y lo mismo se roban votos de hombres que de mujeres. No respetan el voto de nadie, ¿por qué iban a respetar el mío? ¡Y yo no he sabido decidir mi vida! ¿Cómo voy a decidir la del país?

MARÍA ANTONIETA: Las mujeres vamos a votar por la educación de la mujer. Y la educación cambia todo: abre más puertas, más horizontes. Un gobierno capaz y honrado, te mejora la vida de cada quien.

CATALINA: Nunca entenderás... lo que es pobreza. No puedes. Para quien nace como tú, siempre hay caminos. Para mí... Mira, me has educado. Si es que educar es volvernos la vida al revés y hacérsela imposible. Entiendo y veo cosas que no veía. Me lavaste los ojos. ¡Ya no acepto mi vida! Y no tengo otra. ¿Sabes? Yo admiraba a Leonardo. Mandaba hombres, lucía, tan bello él, en su uniforme de gala... Y sí, cruel y duro y borracho, putañero... Pero así son todos. Y el general le daba rango de amigo. Lo tenía cerca. Después, yo creo que lo aburrió, o habrá hecho pendejadas. Nos mandaron a plazas lejos, dizque de confianza. Y por fin a este culo del mundo, olvidados aquí por siglos y siglos. Y yo no sé tocar música ni leo libros.

MARÍA ANTONIETA: Estoy dejándote los míos.

CATALINA: Están en idiomas.

MARÍA ANTONIETA: Hay muchos en español. La ropa... Hay bastante que puedes arreglarte.

CATALINA (*se ríe con amargura*): ¡¡Para qué?!

MARÍA ANTONIETA: ¿Vas a seguir aquí?

CATALINA: ¿Adónde más?

MARÍA ANTONIETA: ¡Puedes venir conmigo! Salir de aquí conmigo.

CATALINA: Ya lo veo en la prensa. María Antonieta Miranda de la Rosa conquista carcelera.

MARÍA ANTONIETA: Tonta, no decimos nada. A mi casa y ya.

CATALINA: ¿De criada?

MARÍA ANTONIETA: De amiga.

CATALINA: Hay amistades tan imposibles... como los amores imposibles. (*Llora.*) Mira, tal vez me vaya a mi pueblo. Y allí, a ver cómo invento cada día.

MARÍA ANTONIETA: Llévate el piano, véndelo. Es caro. La ropa... la que no quieras, véndela. Cuesta bastante.

CATALINA: No conozco a nadie que pueda ponérsela.

MARÍA ANTONIETA: Habrá ricas en tu pueblo.

CATALINA: Hay pocos ricos en el país. Y todos son tus parientes. Y la ropa está aquí... Falta que me la lleve.

MARÍA ANTONIETA: Claro, podrían... Verás. (*Escribe una hoja, revisa el texto, le añade, firma.*) Ten. Nadie podrá decir que todo esto no es tuyo.

CATALINA: ¿Cuánto vale un piano así?

MARÍA ANTONIETA: Tanto como una casita, o un terreno de siembra.

CATALINA: Gracias. Espero que no me lo roben. Sacarlo de aquí, llvármelo... ¿Dónde está la pistola?

MARÍA ANTONIETA: Escondida, pero a la mano. Tómla.

CATALINA: Así puedo tener alguna autoridad.

MARÍA ANTONIETA: Eres muy orgullosa... Pero piensa en mí como hermana. Si necesitas dinero, no dudes en decirme. Por favor.

CATALINA: Óyelos. Están llegando.

Muy lejos, una canción que irá acercándose. Un coro de muchachos. Es «María de la O» con la letra alterada, «Vejeje infeliz» en vez de mulata y otros cambios en sentido político.

MARÍA ANTONIETA: Esos... son...

CATALINA: Los estudiantes. Ya vienen por ti.

Se abrazan.

MARÍA ANTONIETA: ¿Ves? Empecé a llorar. Soy una cursi. Catalina, escíbeme. Ya sabes mi dirección, mándame la tuya. Hemos vivido juntas un año de mi vida...

CATALINA: También de la mía. La mayor parte la pasé insultándote.

MARÍA ANTONIETA: Y qué. Tenías razón.

Se abrazan, se besan en las mejillas.

Entra LEONARDO.

LEONARDO: Cuánta amistad. Muy hermoso.

CATALINA: Pendejo de mierda.

LEONARDO: Hablaremos después. Señora, voy a escoltarla a la salida. Sígame.

MARÍA ANTONIETA: Catalina...

CATALINA: Sí, mi amor. Que te vaya bien siempre. En los periódicos voy a saber de ti.

Otro abrazo.

MARÍA ANTONIETA: Vamos. Lo sigo. Marche.

Tomó la maleta. Él la ve; se la quita y la observa, la reconoce. Duda qué hacer; ve a CATALINA, va a decir algo. Ve a las dos mujeres, con sus caras de burla. Calla. La devuelve.

LEONARDO (a CATALINA): Vamos a hablar.

Salen LEONARDO y MARÍA ANTONIETA.

El canto está muy cerca. Gritos, como de porra estudiantil.

«¡Saca lapatalajá! ¡Saca lapatalajá!»

CATALINA va a la ventana, ve la salida de la otra, hace saludos de adiós. Cierra la ventana.

Ve el cuarto, los objetos. Saca un vestido, saca otro, se los echa encima y se ve, los deja. La pistola queda sobre ellos, ahí la pone.

Revisa los cosméticos, huele un perfume... Lo tapa. Nada de eso tiene que ver con ella.

CATALINA: ¿Quién va a indultarme a mí? (Grita): ¿Quién va a indultarme a mí?

Oscuridad.

FIN DE LA OBRA